

LOS CANTEROS DE EL PALMAR

TALLER DE HISTORIA Y COSTUMBRES DE EL PALMAR. Curso 2016/2017

Un oficio singular

Repasando la historia de El Palmar, encontramos con que han sido numerosas las familias que, durante generaciones, vivieron de uno de los oficios más antiguos y duros, además de reconocidos, que han marcado nuestra evolución como sociedad: la cantería. Ligado a las infraestructuras, al arte y a la construcción de edificaciones de todo tipo, su desarrollo lo convierte en un trabajo singular que ha debido aunar siempre tradición y técnica, adaptándose a las formas, gustos y criterios de cada época.

La existencia de importantes yacimientos de piedra en las cercanas sierras de Carrascoy y El Valle, favoreció el asentamiento en esta zona de diversos maestros canteros que, con el tiempo, darían lugar a auténticas sagas de profesionales en el arte de tallar la piedra radicados en El Palmar y la vecina Sangonera. Y es que, en efecto, el de cantero o picapedrero era un oficio que se transmitía de padres a hijos, cediendo de una a otra generación tanto el saber como las propias herramientas de trabajo. Todos ellos se servían de una amplia gama de instrumentos cuyo origen entroncaría directamente con el trabajo de la piedra y el mármol desarrollado desde la remota antigüedad clásica, habiendo llegado también hasta nuestros días casi inalterados.

Las canteras palmareñas de Lo Mesa y Mayayo, por ejemplo, suministraron gran parte del material necesario para la construcción de los principales edificios históricos del municipio a partir del siglo XVIII. Sillares y piezas de piedra caliza tallada, destinadas al imponente catedralicio, al Puente Viejo o a los Molinos del Río, saldrían de las entrañas de esta sierra a golpe de cincel batido por manos palmareñas. También fueron vecinos nuestros quienes trabajaron el material con que se han ejecutado obras más recientes, como los pretilos del Segura a su paso por la ciudad, las fuentes de la Glorieta, pedestales que siguen luciendo en plazas de la capital, las rampas del Santuario de la Fuensanta o el adoquinado de la carretera de El Palmar que antecedió al asfalto, todas ellas llevadas a cabo en la primera mitad del siglo XX. Y cuando flojeaba el trabajo en Murcia, muchos fueron los que emigraron durante meses e incluso años allí donde la mano experta del cantero era requerida.

En la prensa de la época, quedan reflejadas las andanzas de algunas de nuestras cuadrillas de canteros, unas veces con más suerte que otras. Por ejemplo, en 1914, una decena de ellos se presentó en las obras del pantano del Talave, entonces en construcción, pero tuvieron que volverse andando con gran disgusto por no haber posibilidad de incorporarse al tajo. Lo normal era tener que desplazarse aún más lejos: a Cataluña, al sur de Francia o a la provincia de Cuenca, destinos recurrentes entre nuestros canteros; también al Valle de los Caídos, monumento pétreo levantado entre 1940 y 1958 en cuya colosal fábrica, además de presos, trabajaron algunos de nuestros maestros.



Canteros de El Palmar y Sangonera, en el Valle de los Caídos (1947)

Sagas palmareñas

Uno de los primeros apellidos vinculados a la cantería en El Palmar es el de los **Gallego**, del que al parecer se tienen noticias desde los inicios del siglo XIX. En esos años realizarían su labor los hermanos Ginés y José Gallego Vidal, documentándose por ejemplo que fue éste último quien realizó el gran escalón de acceso al altar mayor de la iglesia de La Luz; él mismo dejó grabada en la pieza la siguiente leyenda: "*José Gallego Vidal, vecino del Palmar de ejercicio cantero, hizo a sus espensas este peldaño para esta iglesia de Ntra. Señora de la Luz. Año MDCCCLXVII*". También sabemos que en el mismo siglo desarrollarían su actividad desde nuestro pueblo Juan Gallego Martínez, Manuel Gallego Pujante, Eduardo Gallego Alcaraz o Manuel Gallego Serrano. Y sucesores de aquellos quizá fueran los hermanos Blas, Manuel y Mariano Gallego, apodados "los Blasicos; los dos primeros ejercieron hasta que estalló la Guerra Civil, mientras que Mariano continuó años después con el oficio ya en tierras de Cuenca, donde lo desempeñó durante gran parte de su vida.

Otra saga es la de **Los Maños**, que arranca con los hermanos José y Juan Merino Saura y probablemente con antepasados de ambos. Sabemos que hubo un Francisco Merino entre los canteros que trabajaron en la construcción del trascoro de la Catedral a principios del XVIII. La tradición será continuada por los cuatro hijos del Tío Juan Merino Saura "el Maño": José, Antonio, Manuel y Ramón Merino Bernal. Además, los dos cuñados de José y Juan, casados respectivamente con Natividad y Josefa Merino Saura, también fueron canteros: se trata de José M^a Gallego y Antonio Murcia Montoya, a quienes siguieron un hijo del primero y dos hijos del segundo, Pedro y José Murcia Merino.

José Murcia, además de aprender el oficio de su familia, recibiría las herramientas de otros conocidos canteros del pueblo, los **Montesinos**; fue a mediados de siglo XX, una vez que José Montesinos y su hijo Manolo decidieron dejar el oficio y marchar a Uruguay. Quienes sí se mantuvieron como canteros en esta zona fueron los hermanos Rafael y José Iniesta Montesinos "Corrillos".



Canteros de El Palmar en La Glorieta (Murcia). Están labrando las piedras con las que se hicieron las fuentes que hoy existen.

Igualmente antigua y reconocida es la vinculación de otra familia palmareña, la de los **Navarro**, al arte de la cantería. Curiosamente, este apellido lo llevaban dos de los tallistas del imafrente catedralicio. De esta estirpe podríamos resaltar a los hermanos José y Ginés Navarro Gallego (nacidos en El Palmar en 1854 y 1861 respectivamente) sobrinos de los ya citados canteros Francisco y Ginés Gallego Vidal; empezaron trabajando en esta zona y también en Cartagena, en las obras del puerto, coincidiendo con otros profesionales palmareños. José es, sin ir más lejos, quien ejecutaría la última capilla que se mantuvo en pie en el antiguo cementerio de San Roque, ya desaparecida. Y Ginés se trasladaría hasta Cuenca para realizar el encargo de construir una ermita, conociendo allí a su mujer, Victoriana Ureña García. Dos de sus hijos, Francisco y Pedro Navarro Ureña, siguieron los pasos del padre, desarrollando su labor tanto en Murcia como en lugares tan distantes como Orán o Francia.

También debemos citar a los **Franco**, saga que inicia José Franco Ros y que continuarán sus hijos Pedro y Gerardo Franco Bernal, apodados "los Trolos". José destacó por pasar largo tiempo trabajando en la catedral de Santiago de Compostela. Gerardo siguió los pasos del padre, pero dejó la cantería al comenzar la Guerra Civil tras desempeñar su labor unos años en España y Francia; en cambio, Pedro trabajó toda su vida como integrante de la cuadrilla de picapedreros encargados del mantenimiento de la catedral de Murcia.

No podemos olvidar a otro personaje crucial en la historia de El Palmar que, antes de fundar el comercio con el que arrancaría el "imperio" familiar, fue precisamente cantero: se trata de Juan Bernal González, dedicado al oficio de la piedra hasta 1867. Su hijo Bartolomé Bernal Gallego también trabajaría con el cincel durante sus años de juventud, prosperando y consolidándose después como uno de los empresarios de la construcción más importantes de su época.

También a finales del XIX y principios del XX están documentados como canteros José Bernal Lajarín, José Bernal Romero, Francisco Hernández García, Antonio Carnicer Lario y José Manuel González Esparza. Y por último, encontramos a otros tantos cuyos apellidos siguen repitiendo algunos de los citados, como Antonio Bernal, del que sabemos que trabajó en Francia y después en Cartagena, como uno más de aquellos canteros de nuestro pueblo que participaron en las obras del puerto y también en la erección del monumento a los Héroes de Cavite (inaugurado en 1923). También Pedro Bernal Murcia, Francisco Pastor Bernal "el Lupia", Francisco Hernández Gallego "de las Mudás", Juan Torres López, José Alcaraz, Juan Noguera o José Olivares Navarro "de Rinquín", desarrollando su labor ya a lo largo del siglo XX.

Su huella en la memoria y el patrimonio local

Son muchos los visitantes de dentro y fuera de nuestro municipio que suelen transitar la sierra palmareña y, sin saberlo, recorren algunos enclaves que rezuman historia de cantería: en la Rambla del Puerto, sin ir más lejos, se encuentran esas curiosas oquedades que dejaron nuestros antepasados al extraer de las rocas del paraje redondas piedras de molino. También salen al paso en las rutas de los caminantes quebradas y taludes de piedra descarnada, que son en realidad vestigios de aquellas canteras y minas a cielo abierto de las que se obtuvo abundante material. Cuesta imaginar estos parajes hoy solitarios, de reinante silencio, perturbados en su día por el soniquete permanente y machacón de martillos asestados sobre cuñas y cinceles. Desde aquí, porte a porte, bajaban los bloques los carreteros, otra ocupación de la que se podría hablar largo y tendido en un lugar de continuo trasiego y frecuentado camino como ha sido siempre El Palmar.

En cuanto a obra ejecutada, tanto en nuestro casco urbano como en el de la vecina Sangonera la Verde, encontramos numerosas viviendas con fachadas en las que aparecen zócalos, esquinas, recercos, ménsulas, aplacados y otros elementos tallados en piedra, la mayoría de mediados del siglo XX. Podríamos hablar de una verdadera singularidad que no es frecuente ver en otras pedanías del municipio. Son edificaciones que los canteros locales dejaron como huella en su pueblo, por encargo de sus vecinos o para la propia familia, haciendo alarde en ellas de su maestría.

Por todo ello, consideramos el oficio de cantero como una seña de identidad de la historia local, en la que un mismo gremio marcó la vida de muchas familias durante generaciones. Los canteros de El Palmar bien merecen un reconocimiento y que no caiga en el olvido su impronta en el patrimonio de nuestra memoria.

